



## “Romance de la condesita”

Grandes guerras se publican  
 en la tierra y en el mar  
 y al conde Flores le nombran  
 por capitán general.  
 Lloraba su condesita,  
 no se puede consolar,  
 acaban de ser casados  
 y se tienen que apartar  
 - ¿Cuántos días, cuántos meses  
 piensas estar por allá?  
 - Deja los meses, condesa,  
 por años debes contar,  
 si a los tres años no vuelvo,  
 viuda te puedes llamar.  
 Pasan los tres y los cuatro,  
 nuevas del conde no hay:  
 ojos de la condesita  
 no cesaban de llorar.  
 Un día estando en la mesa  
 su padre le empieza a hablar.  
 - Cartas del conde no llegan,  
 nueva vida tomarás;  
 condes y duques te piden,  
 te debes, hija, casar.  
 - Carta en mi corazón tengo  
 que Don Flores vivo está.  
 No lo quiera Dios del cielo  
 que yo me vuelva a casar.  
 Dame licencia, mi padre,  
 para el conde ir a buscar.  
 - La licencia tienes, hija,  
 mi bendición, además.  
 Se retiró a su aposento  
 llora que te llorarás;  
 se quitó medias de seda,  
 de lana las fue a calzar;  
 dejó zapatos de raso  
 los puso de cordobán;  
 un brial de seda verde  
 que valía una ciudad  
 y encima del brial puso  
 un hábito de sayal:  
 esportilla de romera  
 sobre el hombro se echó atrás;  
 cogió el bordón en la mano  
 y se fue a peregrinar.

Anduvo siete reinados  
 morería y cristiandad;  
 anduvo por mar y por tierra  
 no pudo al conde encontrar,  
 cansada va la romera,  
 que ya no puede andar más.  
 Subió a un puerto,  
 miró al valle,  
 un castillo vio asomar:  
 - Si aquel castillo es de moros,  
 allí me cautivarán;  
 mas si es de buenos cristianos  
 ellos me han de remediar.  
 Y bajando unos pinares,  
 gran vacada fue a encontrar.  
 - Vaquerito, vaquerito,  
 te quería preguntar  
 ¿de quién llevas tantas vacas,  
 todas de mi hierro y señal?  
 - Del conde Flores romera,  
 que en aquel castillo está.  
 - Vaquerito, vaquerito,  
 más te quiero preguntar  
 del conde Flores, tu amo  
 ¿Cómo vive por acá?  
 - De la guerra llegó rico;  
 mañana se va a casar,  
 ya están muertas las gallinas  
 y están amasando el pan;  
 muchas gentes convidadas,  
 de los que llegando van.  
 - Vaquerito, vaquerito,  
 por la Santa Trinidad,  
 por el camino más corto  
 me has de encaminar allá.  
 Jornada de todo el día,  
 en medio, la hubo de andar;  
 llegada frente al castillo  
 con Don Flores fue a encontrar,  
 y arriba vio estar a la novia  
 en un alto ventanal  
 - Dame limosna, buen conde,  
 por Dios y por caridad.  
 - ¡Oh, qué ojos de romera,  
 en mi vida los vi tal!  
 - Sí los habrás visto, conde

si en Sevilla estado has.  
 - La romera, ¿es de Sevilla?  
 ¿Qué se cuenta por allá?  
 - Del conde Flores, señas,  
 poco bien y mcho mal.  
 Echó mano en el bolsillo  
 un real de plata le da.  
 - Para tan grande señor,  
 poca limosna es un real.  
 - Pues pida la romerita  
 que lo que pida tendrá.  
 - Yo pido ese anillo de oro  
 que en tu dedo chico está.  
 Abrióse de arriba a abajo  
 el hábito de sayal:  
 - ¿No me conoces, buen conde?  
 Mira si conocerás  
 el brial de seda verde  
 que me diste al desposar.  
 Al mirarla en aquel traje,  
 cayóse el conde hacia atrás.  
 Ni con agua, ni con vino  
 se le puede recobrar,  
 si no es con palabras dulces  
 que la romera le da.  
 La novia bajó llorando  
 al ver al conde mortal  
 que abrazando a la romera  
 se lo ha venido a encontrar.  
 - Malas mañas sacas, conde  
 no las podrás olvidar;  
 que en viendo una buena moza  
 luego la vas a abrazar.  
 - Mal haya la romerica,  
 quién la trajo para acá.  
 No la maldiga ninguno  
 que es mi mujer natural.  
 Con ella vuelvo a mi tierra:  
 Adiós, señores, quedad;  
 quédese con Dios la novia  
 vestidita y sin casar;  
 que los amores primeros  
 son muy malos de olvidar.